



RESPUESTAS PARA TENER FE

¿EXISTE DIOS?

1ª PARTE

Siempre buscando una garantía para que la felicidad tenga conciencia y perdure. Parece que esa felicidad fuera algo tan efímero y resbaladizo que no se acabara nunca de poder tenerla entre las manos. Y se sigue buscando. Y continúa la experiencia de transitoriedad de todo. ¿No existe nadie que pueda garantizar el fundamento y la estabilidad de cuanto conocemos?

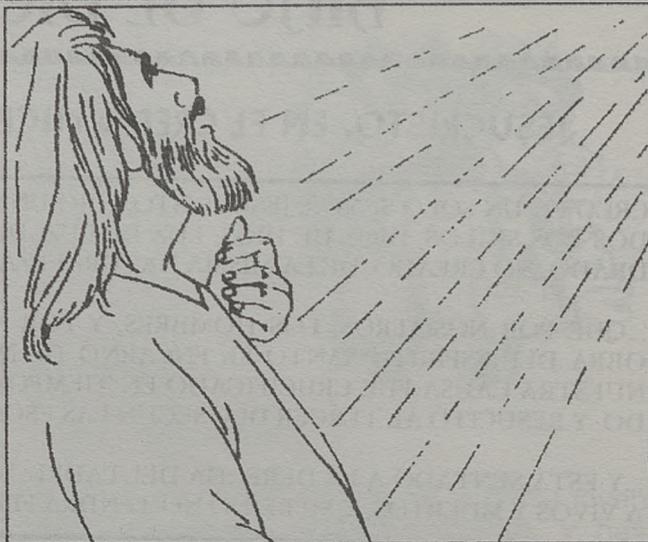
Puede ser que hayamos equivocado el camino. Nos empeñamos en querer adueñarnos de esa piedra mágica que colme deseos y resuelva curiosidades. Pero son otras harturas las que desea el hombre en lo más profundo de su interés por saber algo de la existencia de Dios.

Pero ¿Dios existe? En esta pregunta ya está implícita alguna respuesta. Qué preguntaría, sinceramente, si no vieras la posibilidad de una respuesta positiva. Más que un interrogante es la expresión de un profundo deseo de tener ese aval de seguridad que se está buscando. La pregunta puede también encubrir la intención de obtener una respuesta negativa que libere de cualquier responsabilidad, intelectual o moral, de tener que vivir en coherencia con todo lo que supone el reconocimiento de la existencia de Dios.

¿Qué es (la) verdad?, le dice Pilato a Jesús. Era una manera de evadir la incomodidad de la reflexión y del interés. Una forma de indiferencia, de huida ante la posibilidad de encontrar la verdad. La indiferencia no soluciona ni tranquiliza. Soslaya el problema que volverá a aparecer días después.

A medida que vamos subiendo hacia lo alto de la montaña nos percatamos de que el espacio que puede limitar la línea del horizonte se hace cada vez mayor: no se han agotado las medidas al llegar a la cumbre. Se podrán divisar otros horizontes. Siempre queda la posibilidad de escalar montañas más altas.

Ilimitadas son nuestras posibilidades, cuando menos, en la intuición inteligente y en el deseo de poder conocer unas realidades completamente nuevas. No



hay que renunciar a nada. Mucho menos a la capacidad de poder conocer la existencia de Dios por el camino de la inteligencia, de la reflexión. Ahora bien, ese conocimiento no será más que una pobre aproximación, pues los límites del horizonte divino son infinitos y siempre queda una cumbre más alta por alcanzar.

Ese interminable caminar hacia lo más alto, hacia lo más profundo, va descubriendo la necesidad lógica de alguien que está en el comienzo y al final de todos estos límites y horizontes, que ofrezca sustentamiento a tanta precariedad como manifiesta la experiencia de lo limitado, de la caducidad, de la nada por la nada.

Dios, origen y final de todo, puede ser conocido por el hombre: ¿por qué se han de poner límites a la inteligencia? No conviene decir «hasta aquí hemos llegado en nuestro conocimiento y no podemos avanzar». Siempre hay un nuevo y desconocido horizonte para la investigación.

Limitados en los conocimientos y los datos que poseemos, pero no en la posibilidad de conectar con algo nuevo. El hombre puede ver mucho más allá del horizonte de sus propias limitaciones. Aceptar esa realidad personal es reconocimiento de la elevada dignidad de la razón humana, que puede hasta llegar a conocer a Dios como realidad suprema, principio y fin de todo.

(...continuará)